

## PERFIL DE VICTORIO MACHO

Excmos. e Ilmos. Sres.  
Señoras y Señores:

Estaba en deuda Toledo con él. Estaba en deuda España. El mundo entero está endeudado con Victorio Macho, pues su creación fue engrosando el patrimonio artístico mundial según iba saliendo de sus manos. Estaba en deuda esta casa. Y es hora ya de reconocimientos.

Alguien ha dicho que nadie está obligado a agradecer el amor; mas yo quiero recordar que "amor con amor se paga". Y Victorio, enamorado de Toledo a sus dieciseis años, bien merece el recíproco pago de su amada.

Fue lo que podríamos llamar un flechazo en la adolescencia. Ya le llamaban "El selvático". Temperamental, independiente. Ya había gritado por los pasillos de la madrileña Academia de Bellas Artes, tras haber obtenido el primer premio de escultura, un año después de que le hubieran suspendido en su examen de ingreso, aquella su famosa frase de "No comprendo el Arte reducido a formas escolásticas". Se estaba ya forjando su personalidad como artista y como hombre, y como artista y como hombre vino a enamorarse de Toledo nada más conocerla.

Todo estaba dispuesto en él; vehemente, apasionado, sensible, y su sangre de artista corriendo a borbotones por aquella joven humanidad en primavera. Su disposición para el amor estaba en el punto más crucial. Y Toledo se puso ante él, atractiva, llena de encantos, bella, noble, magestuosa. Y yo creo firmemente que la Imperial también se enamoró, nada más verle, de aquel muchacho de frente despejada y cabellos alborotados cuya mirada profunda contenía un mensaje de eternidades.

Toledo ha sabido siempre elegir sus amores: Doménico Greco, Borrás, Pérez Galdós, Arredondo, Matías Moreno, Marañón. . . por citar algunos. No podía escapar a su lista de grandes hombres aquel zagal palentino que se asomó a conocerla un soledado día de 1903. Comenzaba un nuevo siglo. Nuevos horizontes se abrían al arte español. Comenzaba la época azul de Picasso. Epocas nuevas. . . Un genio nuevo te visitaba, Toledo. Y el recíproco amor nacido de ese día ha venido bañando vuestros corazones llenándolos

de gozo. Mas tú no hablas, Ciudad de los Concilios, de las concordias, de las pacíficas convivencias entre razas y credos dispares. Tus hombres hablan por tí. Y esta casa, que es una de tus voces, ya tenía preparado un acercamiento con tu amado Victorio que viniera a atemperar omisiones pasadas. Un préstamo, que del legado que Victorio te hiciera como presente de sus amores, se hizo a la ciudad que le vio nacer, pospuso este acercamiento con tu enamorado a fin de evitar fútiles suspicacias. Pero ya no es el caso, Toledo. Ya no es el caso, Victorio Macho. Y esta Real Academia, dolorida por tu ausencia, te abre sus brazos hoy con este homenaje personalizado en tu amada Zoililla, como tú gustabas llamarla, que amablemente lo acepta en tu nombre. Y tú, que estás hoy con nosotros, contemplando la escena desde más arriba del bello artesonado de esta sala, concédenos el honor de sentirte compañero de los hombres que hoy componemos esta Corporación.

Yo conocí a Victorio Macho cuando temporalmente se aposentó en la "Casa del Maestro", allá por el 1953, mientras terminaban las obras de su casa-museo en Roca Tarpeya. Mi pequeño taller artesano estaba emplazado en la casa de más arriba, de modo que el balcón de su habitación era vecino a las ventanas de mi taller. Me preocupaba que el tintineo de los martillos sobre los cinceles molestara al escultor y procuraba guardar silencio durante las horas de siesta. Un día, cuando nos saludamos, él desde su balcón y yo desde mi ventana, me dijo: "Ahora cantan menos los martillos, maestro; yo descanso mejor cuando cantan". Me había llamado maestro; él, maestro de maestros, me había llamado maestro a mí, joven artesano aprendiz de artista. Mis ojos se abrieron desmesuradamente, admirando y agradeciendo a aquel hombre; y, mientras nuestra corta e intrascendental conversación, yo miraba los surcos de su rostro y de sus manos.

. . . Sus manos. ¡Cómo recuerdo un domingo de abril varios años después! El ya habitaba Roca Tarpeya. Sólo tres meses faltaban para que el artista palentino, herido ya intensamente por la silicosis, emprendiera su postrer viaje.

Aquella mañana de domingo, el ayudante del insigne escultor, mi querido amigo y compañero Revenga, llegó a mi taller que, por intervenciones del azar, yo ya tenía instalado también en el barrio judío. Traía demudado el rostro, y en sus manos, aún caliente la escayola, mostraba tembloroso la reproducción de una de las manos de Victorio Macho, y, con sus ojos brillantes por la hu-

medad, me dijo: "Félix, la mano del maestro".

Siempre están llenas de mensajes las manos de un artista. Cuando yo las miraba desde la ventana de mi taller mientras hablábamos aquel día en que él me llamó maestro a mí, no podía imaginar que la última vez que las viera sería traducidas a calidad escultórica, quietas ya; pero espléndidas de surcos de su vida.

En los surcos de aquellas manos, prolongación de su corazón, estaba marcada su historia, su interesante y fecunda historia dividida en tres fértiles etapas que yo, a pesar de otros criterios en la división de sus épocas artísticas, separo así: una, hasta 1937, cuando por los avatares del último disparate español abandonó el suelo patrio para acabar la conquista del mundo que ya tenía empezada.

Recordaré brevemente algunas de sus obras de esta época; sólo aquellas de las que pude obtener diapositivas:

"Sepulcro de Llorente", en el cementerio de San Justo de Madrid; "Estatua sedente de Pérez Galdós", en Parque del Retiro de Madrid; "Fuente monumental de Cajal", en el Retiro de Madrid; "Grupo de la Piedad", en el Instituto Llorente de Madrid; "Cristo de los Corrales", en los Corrales de Buena, Santander; "Cristo de Otero", en su Palencia natal; "Busto monumental de Unamuno", en la Universidad de Salamanca; "La Victoria", del monumento a Juan Sebastián Elcano; "Estatua del Conquistador Sebastián de Belalcázar", en Cali, Colombia; "Estatua sedente de su madre", actualmente en Toledo, Roca Tarpeya.

Estos triunfos habían sido acompañados de otro no menos importante y que suponía el reconocimiento de sus compatriotas: su ingreso el 25 de julio de 1936, como miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Después, fugazmente París; trampolín para el salto definitivo a su segunda época, a América. A la conquista de América, diría yo: Colombia, Perú, Panamá. . .

Para Colombia realiza una nueva estatua de Sebastián de Belalcázar, antes de partir de París, con destino a Popayán. Para Bogotá ejecuta el monumento a Uribe, que se emplazaría en el Parque Nacional. Es nombrado Comendador de la Marina de Guerra del Perú y le es concedida la Cruz del Mérito del mismo país. Levanta en Panamá el monumento al doctor Belisario Porras. Ha realizado mientras tanto las cabezas del poeta León Felipe y la del arqueólogo peruano doctor Tello, y ha hecho la estatua del pensador limeño Julio Arosamena. La República de Venezuela le encarga el

monumento al libertador Bolívar, y trabaja incansablemente en este proyecto, poniendo toda su sabiduría al servicio de los grandiosos fragmentos realizados como estudio de este encargo. Y trabaja para el sepulcro de la familia del libertador dando vida a las piedras que hoy se pueden contemplar en la catedral de Caracas.

Y corona los aciertos de ésta su segunda época en Lima, realizando el 14 de julio de 1951 la obra más importante de su vida: contrae matrimonio canónico con Zoila Barrós Conti, ilustre dama limeña procedente de una noble familia de juristas y diplomáticos, bellísima y de una exquisita sensibilidad, encantadora poetisa que será la musa que inspire y aliente al artista durante el resto de su vida. Han formado una pareja feliz: Zoilita, aquel ser angelical, inspira a Victorio, y Victorio, el temperamental, independiente y apasionado artista, inspira a Zoilita.

Lo tenía todo en América. Mas, ¡Qué digo!, no todo lo tenía; había muerto su madre y también su hermano, y Roca Tarpeya le estaba gritando desde el corazón de su España para iniciar su tercera época.

Fernando Mon recoge en su libro esta frase del artista: "Hay que estar loco, loco por España, para hacer lo que yo hice en Lima, en pleno triunfo, lugar donde al fin tenía cuanto había soñado, y más. Pero loco estaba: desenterré a mis muertos, embalé mi obra y apoyado en Zoililla, crucé el mar. Fue toda una aventura de la que no sé si aún estoy arrepentido. . ."

No te arrepientas, Victorio Macho; tu sueño de juventud se realizó y viniste a Toledo como tu paisano Alonso Berruguete, y te instalaste en tu Roca Tarpeya, donde siglos futuros contemplarán tu obra y tu museo, donde viniste a vivir y a crear, y a morir. Emplazaste tu casa muy cercana a donde estuvo el palacio de Villena, donde aquel otro artista, también amigo tuyo, con el que tampoco coincidiste en el tiempo pero sí en la eternidad, vivió igualmente y creó, y murió. Aquí dijiste: "Vivo en mi verdadero mundo y me siento lejos de intrigas y zancadillas". Y esa escarpada roca sobre el Tajo, en cuyas entrañas depositaste un día a tu fiel Chuti, será testigo siempre de tu aliento y de tu voz, y de los latidos de tu corazón trasplantados directamente por medio de tus cinceles a tus, también, inmortales obras.

No te arrepientas, Victorio Macho; te queremos. Hemos compartido contigo el mismo amor: Toledo. Todos conocemos aquellas manifestaciones tuyas: "Pisaba tierra española, tierra que besé

como sólo había besado a mi madre. Y, pese a todo fui feliz: enterré de nuevo a mis muertos y fui a Toledo, donde, desde mis dieciseis años, había soñado tener una casa, un estudio”.

Aquí te proclamaste “el más humilde discípulo del Supremo Creador”, para terminar tu vida diciendo. . . “El verdadero Arte es la humilde y ardiente plegaria que nos eleva hacia Dios. El nos inspira y por eso le presentimos y le amamos. . . Por el Arte se alcanza la inmortalidad. Por el Arte se siente a Dios y a El se llega. Dios es el máximo Artista y Supremo Creador. Bienaventurado aquel que sea digno de llamarse su discípulo, porque no morirá. . .”

FELIX DEL VALLE DIAZ  
Numerario.